

Nacionalizar las nacionalizaciones

Normalmente el concepto de nacionalización suena a un momento, unas actitudes o acciones revolucionarias. El vocablo nacionalización lo asociamos fácilmente con ideas como "independencia", "soberanía" e incluso "control popular" de un país o de sus recursos. Estas asociaciones espontáneas del concepto de nacionalización fueron y son hábilmente explotadas cuando nos referimos en Venezuela a las leyes que reservan al Estado la industria y comercio de los hidrocarburos o la extracción de mineral de hierro. El aspecto "formal" de las nacionalizaciones, es decir, una legislación que convierta esas actividades en dominio exclusivo del Estado, que actúa como representante del pueblo venezolano, ha concentrado los múltiples significados de la nacionalización, sin que necesariamente todo lo que evoca esa palabra se haya hecho realidad en los actos de venezolanización del hierro y los hidrocarburos.

Para hacer realidad los sentidos de los actos nacionalizadores es necesario ir bastante más lejos de la adquisición por el Estado de la propiedad de las compañías o entes que manejen las industrias de los hidrocarburos y del hierro. No hay auténtica nacionalización si no es el pueblo venezolano el que toma las riendas de sus propios recursos, lo cual no puede suponerse simplemente por la pretendida representatividad del Estado, por muy democrático que se nos presente. Se hace necesaria una toma de conciencia popular que se convierta en el primer paso de una participación efectiva en las decisiones que se toman sobre aquellos recursos que han sido nacionalizados. Una verdadera nacionalización del hierro, los hidrocarburos y los recursos del país, exige simultáneamente la nacionalización del Estado, es decir, de las relaciones políticas que determinan los objetivos de la sociedad venezolana y orientan su marcha hacia ellos. Si nos quedamos en el primer paso formal, lo que estamos haciendo es una simple estatización, de esos recursos. Una estatización que pondrá esos recursos al servicio de los intereses de quienes dominan la orientación del Estado Venezolano, que no siempre coinciden con los intereses populares.

Al encontrarnos en las puertas de la década de los ochenta y cumplirse nueve años de la nacionalización del gas, cinco de la nacionalización del hierro y cuatro de la nacionalización de la industria petrolera, creemos necesario y conveniente una discusión pública y popular de lo que han significado para el país estos pasos, una evaluación de las nacionalizaciones realizadas y una mirada consciente y planificadora hacia el futuro que se nos presenta bajo nuevas condiciones internas e internacionales. La coyuntura así lo exige: se vencen en este año los discutidos y discutibles "contratos tecnológicos" con las transnacionales de la energía; igualmente se vencen en 1981 los "convenios de suministro" de mineral de hierro que firmó Venezuela con la U.S. Steel Co. en el momento de la nacionalización. La importancia de los recursos nacionalizados para el país y para el mundo nos exige replantearnos nuestra posición política global. La política exterior venezolana es, en gran parte, una política petrolera. Nuestra posición de país dominado y periférico poseedor de recursos estratégicos puede convertirnos en un eficiente engranaje del sistema de dominación mundial o también puede convertirnos en una importante punta de lanza en la lucha liberadora de los pueblos oprimidos. De allí que la discusión sobre la industria del petróleo o del hierro no pueda considerarse como una cuestión "técnica" y tenga que ser discutida permante y abiertamente por todos los sectores del país.

NACIONALIZACIONES APOLITICAS

Una de las características que podemos observar en el manejo de las nacionalizaciones que se han hecho en Venezuela en la década pasada es la insistencia en relacionar su éxito con la ausencia de conflictos con los que hasta entonces explotaban esos recursos. La propaganda oficial ha presentado nuestras nacionalizaciones como un modelo de negociación "pacífica", sin "traumas", sonrientes y sin pelear con nadie. Esta primera característica mueve a reflexión. Normalmente los actos de independencia van acompañados de conflictos y rompimientos. Ante unas nacionalizaciones sin conflicto surge la pregunta de si éstas, entonces, no habrán respondido a los intereses de la mismas compañías ex-concesionarias o, al menos, del centro dominante del

capitalismo del que dependemos. Lo cierto es que Venezuela ha asumido la responsabilidad de las fases más riesgosas y con mayores requerimientos de inversión como son la exploración de nuevos yacimientos y el procesamiento de crudos pesados, mientras que no logra dominar el mercadeo de su propio petróleo. Igualmente, el hierro lo sacamos de nuestros cerros, lo transformamos en acero invirtiendo grandes cantidades de energía eléctrica y luego lo volvemos a comprar en productos manufacturados. Surge la sospecha de si con las nacionalizaciones realizadas no estamos, en definitiva, financiando indirectamente al extranjero, antiguo concesionario.

Junto con esta característica se ha insistido en las nacionalizaciones hasta ahora realizadas en el país, en la necesidad de mantener esas áreas nacionalizadas fuera del debate político.

En muchas ocasiones se ha argumentado que la complejidad de las industrias nacionalizadas y de los mecanismos del mercado internacional hace inconveniente una discusión pública. En este sentido llama la atención que desde que se nacionalizó la industria petrolera, se hace más difícil informarse y, sobre todo, opinar críticamente sobre el manejo u orientación de la industria venezolanizada.

Pretender, consciente o inconscientemente, imponer un silencio sobre las industrias nacionalizadas y "apartarlas" del debate político, contrasta con las exigencias básicas de una sociedad que camina hacia la democracia participativa y que, por tanto, supone el máximo posible de información de los ciudadanos para que éstos puedan ejercer una participación responsable y un control eficaz sobre sus representantes. Sacar del debate político aquello que representa el nervio de nuestra vida económica y social es una falsa concepción de la política. Se trata precisamente de lo contrario, de crear tal grado de conciencia en el pueblo de Venezuela que lo que se discuta políticamente sea el petróleo, el hierro, la industrialización, el plan de la nación, los desarrollos regionales y no las cuitas privadas de diez dirigentes de partido o el "quítate tú para ponerme yo" porque ya llegó mi turno.

NACIONALIZACIONES DEPENDIENTES

Es, también, característica de las nacionalizaciones hechas en Venezuela el haber manifestado lo profundo de nuestra dependencia. A pesar de haberse hecho en coyunturas políticas, internas y externas, muy favorables, prevaleció el "temor", fruto de la dependencia; y los mecanismos buscados para nacionalizar demostraron la inseguridad que sentían los dirigentes políticos venezolanos respecto de la propia capacidad nacional para seguir produciendo hierro y vendiendo petróleo.

La nacionalización del gas se hizo en un momento en que comenzaban a subir los precios petroleros en el mundo y empieza a extenderse la conciencia de una futura "crisis energética" en el mundo. El hierro se nacionaliza después de veinte años de estar explotándolo, conociendo la tecnología, cuando la situación de los mercados internacionales es más que propicia y cuando Venezuela no tiene mayores apremios fiscales. Igualmente, la nacionalización petrolera se impone como una necesidad política de recuperar para el país la explotación de su riqueza básica. En estas condiciones, se opta por unas nacionalizaciones tímidas, que prolongan la dependencia directa de las antiguas compañías concesionarias, sobre todo a través de convenios tecnológicos, de suministro y de discutibles indemnizaciones.

LO QUE ESTA EN JUEGO

Como balance de lo que hasta ahora han sido las nacionalizaciones podemos decir que son un paso positivo en su conjunto, pero que es necesario profundizar, pues parece que la cuestión tecnológica es la nueva forma de dependencia que sustituye a la vieja y burda fórmula de las concesiones. Hemos, quizás, cambiado la presencia irritante y molesta de los dueños extranjeros, con sus campamentos cercados y verdes y su lengua ininteligible, por una imperceptible pero eficaz, "asistencia tecnológica", negociada y ejercida en pequeños grupos de expertos, a espaldas del pueblo —ignorante y politiquero— e, incluso, del Congreso —que pierde tanto tiempo en estériles discusiones—. Los "consejos" y "soluciones" llegan por las ondas imperceptibles de complicados mecanismos computerizados. Así, se ha llegado a hacer compatibles la "soberanía plena" y la dependencia tecnológica.

En los primeros años de esta década que comienza tenemos que enfrentar importantes decisiones en el marco de las industrias nacionalizadas: los planes hidroeléctricos, siderúrgicos y, muy especialmente, el destino de la Faja Petrolífera del Orinoco. Nacionalizar las nacionalizaciones, es decir, fortalecer la conciencia popular y los canales efectivos de su participación en las decisiones nacionales es la única garantía de que puedan darse pasos para profundizar el proceso de venezolanización. Y ello exige que mantengamos la información y la discusión pública, crítica y abierta de estas materias en forma permanente.